

bó el parque. Como el enemigo estaba á una distancia de treinta varas y podía haber soldados que comprendiendo el idioma castellano oyeran tan graves palabras, el general Frontera reconvinó á Aleman por su imprudencia y acto continuo, se puso al frente del resto del regimiento para dar la carga.

Los invasores disparan sus armas y á los primeros tiros caen muertos el bizarro general Frontera, varios oficiales y multitud de soldados. Entónces el teniente coronel D. Domingo Soto Mayor reemplaza á su malogrado jefe, mas sus esfuerzos son inútiles, retirándose con pérdidas muy sensibles. El valiente oficial Suarez brincó la cerca que guarecía al enemigo, pero no siendo secundado por sus compañeros, retrocede y al escaparse milagrosamente para no ser hecho prisionero, recibe una herida abajo de la espalda.

El general Valencia desde que los americanos se acercaron á Zacatepec, lo participó al general Santa Anna y *previno* al general Perez, que estaba en Coyoacan, se acercara á auxiliarlo, pero como su brigada no pertenecía á la division del Norte, contestó no poder hacerlo, sin órden expresa del cuartel general. Valencia mandó á su ayudante y yerno, teniente coronel D. Francisco de Silva, que falleció hace muy pocos años, á dar aviso al general Santa Anna de que el enemigo lo estaba batiendo. Entónces el presidente, que se hallaba en la hacienda de San Antonio, seguido de su estado mayor, cinco piezas de batalla y los regimientos de caballería, húsares y ligero de Veracruz, se puso en marcha á galope para Padierna y en Coyoacan alcanzó á la brigada Perez, que segun órdenes recibidas poco antes, ya iba marchando para San Angel. El



general Santa Anna se puso a la cabeza de las tropas y caminando á paso veloz llegó á las cinco de la tarde á las lomas del Toro en momentos que la caballería del general Frontera atacaba en San Jerónimo á la brigada Riley.

El entusiasmo de la division del Norte al verse auxiliada fué indecible y creyendo el general Valencia que la division de Santa Anna cargaria por la espalda, dispuso continuara el general Torrejon el ataque, sosteniéndolo una pieza de artillería y el batallon de Aguascalientes que mandaba el coronel D. José Ferro. El general Santa Anna observó la fatal posicion de Valencia y en vez de procurar sacarlo de ella, habiendo entrado la noche y comenzado á llover, dispuso retirarse para San Angel, á donde acuarteló sus tropas.

El ilustrado historiador Roa Bárcena dice que el general Santa Anna hizo

muy débiles tentativas para reunirse al general Valencia, y cita el siguiente hecho, que tambien nos han platicado los señores general D. Miguel María Echeagaray y corredor D. Alejandro Argáñdar, amigo nuestro muy estimable, siendo entónces el primero jefe, y el segundo subteniente del 3° ligero.

El general Santa Anna, por medio de un ayudante, previno al coronel Echeagaray, «marchara con su regimiento, compuesto de mil plazas bajo la direccion y las instrucciones de D. José María del Rio, persona práctica en el terreno y con quien avanzó Echeagaray por lomas, barrancas y sendas estrechísimas, desde Chimalistaca ó sus inmediaciones, yendo á salir cerca del pueblo de San Jerónimo del lado Norte de dicha posicion. Al entrar en el último sendero, por precaucion se habia adelantado con solo la mitad de su



fuerza, encomendando á su segundo, Lazcano (D. Marcial López de) el resto de ella que no se le reunió en el momento crítico; y cuando salía Echeagaray del sendero, se halló á tiro de fusil gente enemiga, probablemente la de Riley, é hizo que el capitán D. Joaquin Villavicencio desplegara hácia ella su compañía en tiradores, rompiéndole el fuego. Dijo el guía á Echeagaray que aquello tal vez no entraría en los planes de Santa Anna, y á pocos momentos un ayudante de éste le llevó la orden de retroceder, lo que efectuó, presentándose al general presidente, á quien halló irritado y manifestó que al encontrarse con el enemigo no había podido hacer otra cosa que atacarle.»

Nos es muy sensible censurar al general Santa Anna por no haber procurado salvar al general Valencia, cuyos soldados al verse abandonados comen-

zaron á flaquear, y su derrota era ya segura. ¿Quiso el general Santa Anna nulificar al general Valencia, en quien veía un terrible competidor para la presidencia? No, no lo creemos, puesto que importaba el sacrificio de cuatro mil hombres que se habían portado como héroes en la Angostura. Fué una gran desgracia para el país que los citados generales tuviesen resentimientos añejos, cuando como dice el Sr. Roa Bárcena, «eran dos hombres de buenas dotes militares, de carácter igualmente fuerte y altivo, ambiciosos; entrambos tan capaces para mandar, cuanto incapaces de obedecer; pudiendo tal vez haber salvado cada uno de ellos por sí solo la situación, se hallaban mutuamente empeñados en una labor misma, á que precisamente había de faltar la unidad de idea y de acción, resultando de



la disgregacion y el choque de sus elementos respectivos la catástrofe que hemos presenciado y cuyos efectos deplorables aún no se agotan.»

¶ Volvamos á las operaciones del enemigo.

—Al notarse que la brigada Riley quedaba en San Jerónimo á gran distancia del cuartel general americano, y que las tropas del general Santa Anna se le acercaban á retaguardia, marchó en su apoyo el general Persifor Smith con su brigada, y al pasar por Anzaldo dejó allí el 1.º de artillería.

Entretanto habia llegado cosa de las cuatro de la tarde el general en jefe Scott, al cerro de Zacatepec, frente á Padierna con la brigada de voluntarios de Shields, perteneciente á la division Quitman y compuesta de los regimientos de Nueva York y Carolina del Sur, é inmediatamente se destacó hácia el

pueblo de San Jerónimo, despues de haberlo sido la brigada de Cadwallader.

¶ Para no hacer más difusa esta relacion diremos que en la noche la mayor parte de las fuerzas invasoras se habian trasladado á San Jerónimo, donde, dice el general Scott en su parte, «sus soldados mojados, hambrientos y sin posibilidad de dormir, estaban llenos de confianza, y solo esperaban la madrugada para ganar las posiciones desde donde habian de batir y tomar las obras mexicanas.»

¶ Como los invasores abandonaron Padierna, fué recobrado este punto al anocheecer por el comandante Zimavilla, con su cuerpo, seguido del resto de la brigada Cabrera; pero segun los partes del enemigo, cayó de nuevo en poder de este.

¶ El general Valencia, cosa de las ocho



de la noche, creyendo haber obtenido un brillante triunfo, participó de oficio al general Santa Anna «haber puesto en vergonzosa fuga con el valiente ejército que tenía el honor de mandar, todas las fuerzas del anglo-americano, que unidas embistieron su posición y lo atacaron de cuantos modos era dable desde las doce del día hasta las siete de la noche.» Creyéndose el general Valencia con facultad de conceder empleos, que solo correspondía al jefe supremo de la nación, se permitió por medio de la «Orden general en el campo del 19 al 20 de Agosto de 1847,» ascender á general de división al de brigada D. José Mariano de Salas, á generales de brigada á los graduados D. Anastasio Torrejon, D. Francisco Mejía, D. Anastasio Parrodi, D. Francisco Gonzalez Pavon, D. Nicolás Mendoza y D. José María Mendoza (1) y al jefe de estado

(1) Suponemos será Gonzalez de Mendoza.

mayor D. José María García; á coroneles de infantería permanente al coronel graduado D. Francisco Antonio Segovia, á los tenientes coroneles D. Onofre Diaz, dándose además á este el grado de general, y D. Valentin Rios, á coroneles de ejército á los tenientes coroneles, D. Francisco de P. Silva y D. Luis Arrieta; á tenientes coroneles de infantería permanente, al comandante de batallon D. Manuel Fernandez Zimavilla, al teniente coronel de auxiliares de Celaya D. Manuel Gonzalez Natera, al capitán de artillería D. Severiano Contreras; á tenientes coroneles de caballería permanente á los comandantes de escuadron D. José María Salazar y D. Juan Seguis; á comandantes de escuadron al de auxiliares D. Agustín Iturbide (hijo del libertador de México), al graduado D. Manuel Romero, á los capitanes D. Mariano Grimarest,



D. Ramon Couto y D. Manuel Muri-  
llo; á comandantes de batallon á los ca-  
pitanes D. Rafael María Ruiz, D. Fer-  
nando Sota Riva, D. Pascual Miranda  
y D. Manuel Chavarría; á capitanes de  
diversas armas, á los graduados tenien-  
tes D. Feliciano Rodríguez (ayudante  
de Valencia), D. José Valdivieso, D.  
Antonio Zucúnegui, D. Leon Esnaurri-  
zar y D. Juan Cardona, y á teniente  
permanente al activo D. Manuel Fal-  
con. (1)

Léjos de haber puesto el general Va-  
lencia en vergonzosa fuga á las tropas  
invasoras, éstas se trasladaron al pueblo  
de San Jerónimo y el rancho de An-

(1) Nos hemos detenido en referir los ascensos  
que dió el general Valencia, porque aun cuando  
carecia de facultades, prueba que aquellos indivi-  
duos merecian un premio por haberse portado va-  
lientemente la tarde del 19 de Agosto de 1847.  
Además ningun historiador trae esta relacion no-  
minal, que nosotros tomamos del *Boletín extraor-  
dinario* publicado en México el día 24 del mismo  
mes y año.

zaldo, quedando completamente corta-  
da la division del Norte. El general  
Santa Anna, por medio de su ayudante  
D. José María Ramiro, previno al gene-  
ral Valencia se retirara como pudiera  
en la misma noche (eran las nueve) y se  
incorporara á las tropas que habia lle-  
vado en su auxilio. Valencia recibió  
muy irritado á Ramiro y se desató en  
injurias contra el presidente de la Re-  
pública y general en jefe del ejército, y  
concluyó por pedir seis mil hombres y  
municiones para su artillería.

El general Valencia mandó á su ayu-  
dante el teniente coronel D. Luis Arrie-  
ta con un recado para el general Santa  
Anna y á las dos de la mañana del 20  
de Agosto regresó con la orden termi-  
nante de retirarse, clavando las piezas,  
inutilizando el parque, salvando solo lo  
que fuese posible. El general Valencia  
frenético y desesperado se negó á obe-



decer, creyendo que era un vilipendio para su nombre y para la division del Norte. Varios historiadores censuraron la conducta del general Valencia y muchas personas, al cabo de cuarenta años, pretenden hacerlo responsable de aquellos acontecimientos, pero nosotros, que entónces aún no naciamos y que examinamos todo con la mayor frialdad, sin pasion alguna, para dar á cada uno el lugar que le corresponde, preguntamos, ¿era posible la retirada, una vez que la moral se habia perdido? Creemos que no y de haberse hecho la derrota se consumaba en el acto, puesto que el grueso del enemigo situado en San Jerónimo y Anzaldo tenia cortado el camino para San Angel.

En nuestro humilde concepto el general Santa Anna no debió retirarse de las lomas del Toro, pues si no le era posible incorporarse al general Valencia

aquella noche, sí podía esperar el momento en que los invasores atacaran de nuevo, cargando sobre ellos por su retaguardia. No fué motivo para que se retirara la horrorosa tempestad que se desató, acompañada de copiosa lluvia, porque nuestros soldados en la loma fortificada y los enemigos tambien, eran víctimas de tan terribles elementos. Sin embargo, el general Valencia debió obedecer sin que la responsabilidad del desastre fuera suya, sino del general en jefe, que era quien ordenaba la retirada.

Valencia montó á caballo á las cuatro de la mañana recorriendo las posiciones que ocupaban sus tropas, y como todos los jefes á quienes preguntó su opinion de lo que debia hacerse en tan críticos momentos, se manifestaron dispuestos á obedecer sus órdenes, estas fueron que se esperara el combate, re-



signándose cada uno a correr la suerte que el destino le deparase.

El enemigo, por su parte, no había perdido el tiempo y en Tlalpan dispuso el general Worth, siguiendo las instrucciones del general Scott, que una de las dos brigadas de su división continuara teniendo en jaque á nuestra fortificación de San Antonio y la otra brigada avanzara en la madrugada hácia Padierna, en union de la 2ª brigada que mandaba el coronel Roberts, perteneciente á la 4ª división de voluntarios. La brigada de caballería de Harney que desde la tarde anterior había vuelto á Tlalpan, quedó guarneciendo esta villa.

En el campo norte-americano, frente á Padierna, los generales Pillow y Twiggs reunían las tropas del coronel Ramson, compuestas de los regimientos 9º y 12º pertenecientes á la brigada Pierce, y algunas compañías del 3º y

de rifleros, que bajo la direccion del capitán de ingenieros Lee, debían por el frente llamar la atención de nuestras fuerzas, ó atacarlas en forma, según lo aconsejaran y permitieran las circunstancias. Por último, dice el Sr. Roa Bárcena en sus «Recuerdos de la invasión,» «en San Jerónimo y sus contornos, el 15º regimiento con su coronel Morgan, destacado de la brigada Pierce, y las brigadas compuestas de Riley, Smith, Cadwallader y Shields, á las órdenes del general Persifor Smith, se disponían á embestir nuestra retaguardia dejando asegurada la suya y quedando en aptitud de cortar el camino á las fuerzas nuestras que á la hora del combate trataran de huir de Padierna hácia San Angel, ó de acudir de este último punto en auxilio del primero.»

Las palabras que hemos subrayado prueban suficientemente que la retirada



del general Valencia, á la hora que su ayudante Arrieta le comunicó la disposición de Santa Anna, era impracticable y segura su inmediata derrota, con más razon cuanto que los jefes de las fuerzas enemigas reunidas en San Jerónimo recibieron orden, no obstante que había llovido toda la noche y estado la gente en el lodo, sin fuego y llena de frio, para tenerlas formadas, y con la cabeza de cada columna sobre la senda por donde debian salir todas á las dos y media de la mañana.

A las tres en punto se pusieron en marcha yendo á la descubierta como guía el teniente de ingenieros Tower.

Iba á la vanguardia la brigada Riley, en el centro la de Cadwallader, á la cabeza de esta el general Persifor Smith que tenia el mando de todas, y la retaguardia la cerraba la brigada del mismo Smith, provisionalmente á las órde-

nes del mayor Dimick. Al llegar á un punto que Smith juzgó espalda del campamento mexicano, mandó hacer alto, reuniéndose allí las tres brigadas. El teniente coronel Riley formó dos columnas por divisiones; avanzando por la hondonada y subiendo á su borde, quedó á retaguardia de nuestro ejército; al verlo éste le rompió inmediatamente un fuego vivísimo, no solo desde las trincheras, sino tambien desde su flanco derecho.

Riley, puesto á la cabeza de la compañía de ingenieros, seguido de las demás tropas de su brigada, y apoyado por la de Cadwallader, cayó sobre el flanco izquierdo de nuestra fortificacion, arrollando la pequeña fuerza que se le opuso á las órdenes del general Gonzalez de Mendoza. Valencia, al frente de nuevas tropas, quiso contener aquel



impulso, «pero envueltas por todas partes, dicen los «Apuntes para la historia de la guerra,» reducidas en instantes á un círculo pequeño; agrupadas, confundidas con las mulas del parque, las mujeres, los trenes y todo, la derrota fué momentánea. Hubo esfuerzos estériles y heroicos que seria una ingratitud callar. El teniente coronel Zires (1) se volvió luchando con los enemigos: los generales Blanco y García trataban en vano de sostenerse, hasta que los pusieron fuera de combate sus graves heridas. En estos momentos verificó su honrosa retirada de Padierna á Anzaldo el escaso resto de la brigada Cabre-  
ra.»

El general Valencia, que se portó bi-

(1) D. Agustin Zires, que vive aún, llegó á general de brigada, habiendo comenzado su carrera por el año de 1835. Concurrió á la batalla de Texas y se batió en la Angostura. Despues perteneció siempre al ejército conservador, prestando buenos servicios, como tendremos ocasion de ver.

zarramente, no pudo ya resistir y rompió la línea enemiga por los mismos puntos de Anzaldo y San Jerónimo para dirigirse á San Angel; pero sabedor de que el general Santa Anna trataba de fusilarlo, tomó otro rumbo. Anduvo vagando por los montes y disfrazado con una manga que le proporcionaron algunos vecinos, se encontró á pocas horas con el teniente coronel D. Luis Arrieta y el general D. Manuel Romero, que habian salvado el batallon de Guajuato y el regimiento de caballería de San Luis. Valencia se echó en brazos de Arrieta á quien distinguía con su afecto, y dejó correr sus lágrimas, no por la derrota que habia sufrido, sino por la ingratitud del general Santa Anna que despues de no auxiliarlo, queria quitarle la vida. Al cabo de un rato ordenó que todos vinieran á presentarse al cuartel general, pero Arrieta no quiso



abandonarlo en la desgracia, y los dos con un mozo se dirigieron rumbo á Cuajimalpa. En el camino sacó Valencia del bolsillo su testamento, entregándolo á Arrieta, por si lo aprehendia algun guerrillero y lo fusilaba para hacerse grato al general Santa Anna.

Al llegar á Cuajimalpa hizo Arrieta acostar á Valencia por no haber dormido la noche anterior y á poco llegaron el general Romero con su cuerpo de caballería, que por segunda vez quiso seguir al citado Valencia, y el vice-gobernador del Estado de México, Perez Fernandez.

El siguiente día 21, continuaron todos para Lerma, donde Valencia conferenció con el gobernador Olaguibel, y mientras Arrieta se adelantó para Toluca, á informarse cómo seria recibido su jefe. En la misma noche habló con su pariente D. Guillermo Prieto, quien

ofreció convocar á los liberales prominentes que allí se encontraban, para el 22 al mediodía. Tuvo lugar una junta, presidiéndola D. Valentin Gómez Farias, vice-presidente de la República, y despues de exponer Arrieta cuanto creyó necesario, diciendo claramente hablaba en su nombre, y no en el de Valencia, que no le habia dado ninguna instruccion, se resolvió que el general pasara á Toluca, á donde fué muy bien recibido, alojándose en la casa del Lic. Zozaya, y se nombró una comision para redactar un manifiesto en que el general Valencia daria cuenta á la nacion de los últimos acontecimientos.

Algun tiempo despues de la ocupacion de México por el ejército invasor, el citado general, acompañado de Arrieta, se vino para su hacienda de Tepojaco situada entre Atzacapuzaltongo y Cuautitlan, á donde estaba su familia